

RECENSIONES

FRANCISCO ALDECOA LUZARRAGA: *La Unión Europea y la reforma de la Comunidad Europea*. Madrid, Siglo XXI, 1985; 197 páginas (125 de texto y 72 de apéndices documentales).

La obra del Prof. Aldecoa aparece en un momento oportuno, sintonizando con el interés creciente por las cuestiones europeas en España, especialmente desde su adhesión a la Comunidad Europea. El autor distribuye su labor investigadora en diez capítulos breves, escritos con estilo ágil y de fácil lectura, incluso para los no iniciados en el tema. Resume muy bien los múltiples informes, proyectos y documentos que analiza, realizando una meritoria labor de cronista, poniendo en contacto al lector con el núcleo fundamental del tema.

El autor analiza cómo se ha ido materializando la idea de la Unión Europea, aunque en forma sectorial, a través de las tres Comunidades (CECA, CEE y Euratom). Cuyos Estados-miembros, no satisfechos con los logros de la unificación en el ámbito económico, buscan además la consecución de los objetivos políticos que inspiraron los tratados de París y de Roma; e incluso tratan de ir más allá intentando plasmar la reforma de estos tratados, conducente a la intensificación de la cooperación política y a la consecución, de forma gradual, de la Unión Europea.

Estudia las tentativas de reforma de la Comunidad Europea, tras varios años de paralización en el proceso de construcción comunitaria; entre las que merece destacarse el proyecto de tratado del Parlamento Europeo sobre la Unión Europea (aprobado el 14 de febrero de 1984), poniendo de manifiesto la génesis y contenido del proyecto, que pretende transformar la actual Comunidad en una Unión. En este análisis se echa de menos una mayor profundización y extensión en su tratamiento, aunque al lector se le ofrece amplia bibliografía en notas críticas.

Ofrece una valoración de los informes del Comité *ad hoc* que fueron presentados en los Consejos europeos de Dublín (diciembre 1984) y Bruselas (marzo 1985), así como una buena referencia a las decisiones y trabajos del Consejo europeo de Milán (junio 1985), tendentes a hacer prosperar la Unión Europea, superando posturas retardatarias y lentas de algunos Estados, que encuentran dificultades para la mejor plasmación de la Unión, o desconfían de ésta.

También merece destacarse la referencia a la aportación de los movimientos y organizaciones internacionales no gubernamentales (ONG) a la idea y puesta en mar-

RECENSIONES

cha de la realización de la Unión Europea. Se limita especialmente a los movimientos federalistas, que demuestra conocer; si bien hubiera sido deseable también señalar a otras ONG, de carácter diverso, fuertemente empeñadas y volcadas a la construcción europea, incluida la integración política.

La referencia a España es breve; realiza una crítica constructiva que merece tenerse en cuenta, y estimula al estudio y seguimiento del proceso de cambio y transformación que experimenta Europa. Sugereente es la invitación a la participación de las diversas fuerzas políticas y sociales españolas en el debate sobre la reforma de la Comunidad y el tránsito hacia la Unión Europea.

En resumen, la presente obra del Prof. Aldecoa constituye una aportación valiosa, en la bibliografía española, para los estudiosos de la sociedad internacional. En ella encontrarán los no iniciados un breve análisis de la evolución de la Comunidad Europea en los últimos años y su proyección de futuro, expuesto todo ello con estilo fluido y comprensible. Para los especializados, el autor ofrece una bibliografía seleccionada, les hace partícipes de su inquietud investigadora con sugerentes aportaciones y conclusiones y les contagia su espíritu europeísta. Muy útil y operativa resulta la amplia colección de apéndices documentales. La edición de la obra en su formato y presentación se parece más a un libretto de difusión y divulgación que a un trabajo científico. Imagen que sin duda puede perjudicar a la apreciación del contenido y oscurecer la naturaleza y el rigor científico con que ha sido elaborada.

JOSÉ ANTONIO GARCIA VILAR

PETER GLOTZ: *Manifesto per una nuova sinistra europea*. Milán, Feltrinelli, marzo 1986, pp. 111.

No es una novedad que Europa no es ya el corazón del orden mundial. La URSS, los Estados Unidos y Yalta son una aplastante evidencia histórica que no permiten veleidades. Tampoco es una novedad reconocer que el orden internacional surgido de la segunda gran conflagración, en términos estratégicos, económicos y, tal vez en menor medida, políticos era dependiente de la salud y de los deseos de Norteamérica. Al menos en lo tocante a los europeos occidentales.

El viejo continente era un gigante adormilado, que, extrañamente, se ha ido encojiendo en su propio sueño. La progresiva reducción en la escena mundial, en el nivel económico, comercial, político, es innegable. Tanto que hay quien puede afirmar, como lo hace Andrea Chiti-Batelli (*Elezioni Europee 1984 e riforma delle comunità*, Varese, Giuffrè editore 1984), que si hoy hay un reto en el mundo, de una superpotencia, que si Europa debe contestar un monopolio mundial, éste es el de los Estados Unidos.

No es este el momento de fijar la historia de la complicada relación transatlántica, que necesitaría de muchísimas más páginas, sólo indicar que en cualquier caso ésta se ha enrarecido en los últimos tiempos, y no siempre ventajosamente para los europeos.

Un problema que se recuerda vivamente ha venido de la mano de los discutidos *euromisiles* desplegados en el suelo de cinco países europeos occidentales. Si la OTAN pensó en su día que podía ser una efectiva medida que garantizara la buena relación y amistad entre los EE.UU. y el continente, la implantación de los misiles americanos en el suelo de Europa, ha servido más para hacer emerger viejas tensiones que para alcanzar una paridad militar regional frente a la URSS, como se pro-

clamaba. Hoy casi nadie se atreve a afirmar que el despliegue de los 572 *euromissiles* constituye un paso adelante, pero el despliegue continúa, poniendo de relieve la extrema dependencia estratégica de los aliados respecto al «gran hermano» de la Alianza, los EE.UU.

Pero quizá el punto que más haya evidenciado esta dependencia europea del «amigo americano» sea el programa de defensa estratégica patrocinado ardientemente por la Administración Reagan, el programa SDI. Una investigación que conlleva gravísimas implicaciones para la seguridad del continente, tal y como se había venido entendiendo, pero que, sobre todo ahora, supone un reto tecnológico de tal envergadura que amenaza con dejar a Europa como la región más industrializada... del Tercer Mundo, al margen de las corrientes que van a configurar el orden económico mundial y las relaciones entre los países.

Cierto que con el discurso de las nuevas tecnologías ha comenzado a levantarse una especie de respuesta de los europeos a su propia *euroesclerosis*. El proyecto Eureka suele simbolizar esta voluntad común.

Sin embargo, hay que ir más allá del diagnóstico compartido. No basta afirmar que los países europeos gastan globalmente más en investigación que los propios EE.UU. o que el Japón. Ni contentarse con estudiar el desequilibrio mundial de la producción de semiconductores o de productos que incorporan componentes de altas tecnologías.

Aquí quiere incidir la propuesta crítica de Glotz. Eureka, la única alternativa real, compartida mayoritariamente, con la suficiente flexibilidad para que marche, era en principio una propuesta francesa, reacción ante el empuje avasallador de los EE.UU. Cuando menos, quería significar un frente común que impidiese el deseo americano de negociar bilateralmente, país por país, convirtiendo a los europeos en claros subcontratistas.

Sin embargo, todos hemos podido comprobar la progresiva limitación del proyecto Eureka, hoy un foro de unos pocos contratos bi o trilaterales, carente de una perspectiva de futuro más amplia, reducido a la aritmética de las empresas. Una limitación que ha estado guiada por una clase neoconservadora, una élite euroatlántica, una capa dirigente sin alternativa real de futuro, en opinión de Peter Glotz.

Esto es, Europa está sometida efectivamente a un reto en el que le va la supervivencia futura, pero es un reto que no se puede dejar graciosamente en manos de los actuales líderes neoliberales o conservadores. Ni siquiera en las manos de una izquierda tradicional, en constante incapacidad o crisis, como puede probar no sólo la derrota del socialismo francés, sino la histórica limitación del PCI o el bochornoso espectáculo de los PC españoles.

Si de verdad se pretende que Europa asuma progresivamente el rol que le pertenece, a escala mundial, y con sus plasmaciones nacionales, ésta debe ser una tarea a acometer inevitablemente por las fuerzas progresistas y de izquierda. Y aún así el camino estará plagado de peligros. No en vano un socialdemócrata como Helmut Smicht solicitó el despliegue de los *euromissiles*, convencidos federalistas claman por una Europa «tercer bloque», armada hasta los dientes, mientras políticos conservadores netos, como la señora Thatcher o el actual canciller alemán, Helmut Kohl, pactan secretamente con los americanos, jugando peligrosamente con un presente tecnológico que hipoteca el futuro de toda la comunidad europea.

Peter Glotz propone en su libro un programa básico de entendimiento entre todas las fuerzas europeístas con un carácter de izquierda. Quizá no se trate de teorizar sobre la «deseabilidad» de la revolución, ni sobre la necesidad histórica de un partido de izquierda. El empeño está en cimentar una coordinación de todas las fuer-

zañ, de todos los grupos, de todas las personas que aspiren a un mundo mejor, más seguro, más justo, relanzado de la cuna de la civilización y de los derechos humanos. Un espacio que, lamentablemente, también es la patria de la división y de la guerra.

Por ello, a través de su manifiesto, el autor nos revela algunos principios fundamentales a los que no renunciar, tales como un viejo continente que contribuya a la política mundial sintetizando toda la tradición política europea en el sentido de una mayor democracia social para todos, sin excepciones, sin olvidar al Tercer Mundo. Una Europa que no se convierta en lobo entre los lobos, que no intente arrimarse a la desesperada carrera armamentística de los EE.UU. y la URSS, sino que sea una auténtica y vieja estrategia de equilibrio y paz, basándose en la moral de la justicia social con una economía que funcione, esto es, llegando a ser una auténtica potencia industrial gracias a la constitución de un efectivo mercado económico. Una Europa que llevándose de la Ostpolitik comercio sinceramente con el Este, profundizando las relaciones humanas y económicas frente a todos los intentos ideológicos de guerra fría, en fin, una Europa, fuerza política, unida institucionalmente en un marco flexible, pero que le sirva para afianzar entre los grandes y entre el resto de sus países una alternativa de futuro y de paz.

El programa mínimo para la izquierda europea, entonces, se basa en unas pocas propuestas: Convertir a Europa en una región de paz mediante la construcción progresiva de una zona europea de seguridad. En segundo lugar, Europa debe llegar a ser una unidad transnacional, con una política exterior, monetaria y de seguridad común a todos los países. Y con un funcionamiento decisonal verdaderamente democrático. En tercer lugar, para sobrevivir, Europa debe dotarse de una estructura industrial moderna, con una política estructural coordinada y con el desarrollo de las nuevas tecnologías. En cuarto lugar, Europa debe desarrollarse en la dirección de una democracia económica efectiva, tanto a escala regional como en cuanto a las personas, favoreciendo el trabajo y el ocio de mañana y la igualdad entre los sexos. En suma, el continente debe equiparse con unas estructuras y políticas que permitan un tránsito social, económico y político, sin injusticias, al mundo del mañana.

Hay muchas medidas prácticas que deben ser leídas en el original. Pero incluso así, uno puede preguntarse del futuro de esta propuesta. Con ojos escépticos podemos interrogarnos sobre la viabilidad de que sea asumida como elemento de discusión no sólo en círculos reducidos, si es que llega también a éstos. ¿Pasará de las recopilaciones de textos federalistas? Es una cuestión que evidentemente depende de la voluntad de todos nosotros, pero mayormente de los responsables políticos que hoy rigen los destinos de Europa y que no parecen, dado el empantanamiento de la pequeña reforma de la Comunidad, que estén por avanzar en la dirección propuesta por Glotz.

En cualquier caso hay un dato cierto, si estamos convencidos de que nuestro futuro, como europeos, se está decidiendo en estos días y de que mañana puede ser ya tarde, Glotz nos provee de un instrumento de trabajo importante. Hay que hacer del manifiesto un programa instrumentable y deseable. Nada más ni nada menos.

Aunque sólo fuese por eso, por la esperanza que parece arrastrar, ahora que en nuestro país confluyen millones de votantes, insatisfechos ante la ilustrada omnipotencia del PSOE, la propuesta de Glotz debería gozar de aquel marchamo que acompañaba a todos los panfletos antifranquistas: «lee, difunde y discute». Los progresistas, o en terminología menos arcaica, todos los auténticos liberales, tendríamos que hacerlo.

RAFAEL LUIS BARDAJI

RECENSIONES

ALBERTO J. LLEONART: *España y ONU. II. (1947). España y ONU. III (1948-1949)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983, 340 pp. y 1985, 395 pp.

Con la aparición de los tomos II y III de «España y la ONU», el Profesor Leonart completa esta importante obra que contribuye de forma destacada al estudio de uno de los aspectos más complejos de nuestra reciente historia. En el volumen I, número 1 de esta REVISTA (pp. 277-279) nos ocupábamos del tomo I señalando el propósito del autor de recoger la documentación básica, sistematizada y anotada, de la relación entre España y las Naciones Unidas, cuestión primordial que proyectó su huella en un período muy concreto de la historia española: la relación del Estado surgido de la guerra civil con la Organización mundial. Siguiendo la pauta desarrollada en el primer tomo, y con el rigor metodológico en él habitual, el Profesor Leonart dedica el tomo II a los acontecimientos de 1947, fecha que «registra en las Naciones Unidas —como dice en el preámbulo de donde tomamos esta referencia— la crisis general y en particular la crisis y el revisionismo de la «cuestión española», donde, en cuyos foros, encuentran eco dialéctico y la política de la Europa rota». Así, incluye en el tomo II tres trabajos doctrinales sobre el planteamiento de la «cuestión española» en los años 1945, 1946 y 1947, basándose en una selecta documentación perfectamente coordinada. Esos tres trabajos son: «1945: Planteamiento de la cuestión», «1946: Las sanciones» y «1947: el Segundo Período de Sesiones de la Asamblea General».

En el primero de ellos recuerda cómo la Conferencia de Yalta (1945) es el punto de partida de la «cuestión española». En ella se decide la imposibilidad de España de ingresar en la futura Organización mundial en virtud de que su régimen estaba fundado en «los principios fascistas», como explicaba Roosevelt. Sucesivamente examina la Conferencia de San Francisco (Moción Quintanilla y Junta Española de Liberación), Potsdam «punto álgido de la amenaza de las Naciones Unidas *versus* Franco» y la retirada de Tánger. El trabajo II, «Las sanciones», estudia, desde la misma perspectiva: la resolución 32 (I) de la Asamblea General, la Declaración tripartita de Londres, el primer período de sesiones de la Asamblea General (donde «surgió el proyecto de resolución de Polonia pidiendo al Consejo de Seguridad que declarase que el régimen de España hacía peligrar la paz y la seguridad internacionales») y la Resolución 39 (I) que se concretó en la retirada de embajadores. El estudio III se dedica al segundo período de sesiones de la Asamblea General en el cual, como en los anteriores, efectúa un perspicaz examen de la situación internacional llegando a un balance en el que comienzan a perfilarse «los intereses encontrados de las dos superpotencias». «Los imperialismos respectivos USA y URSS —dice— encontraron en Naciones Unidas amplio eco. Dos sistemas opuestos, radicales, estaban condenados a desentenderse». Los hechos están bien descritos y ofrecen interés y el autor dedica páginas muy densas al análisis del significado jurídico de las Resoluciones de la Asamblea General. La parte segunda (Corpus documental) contiene nueve documentos y cuatro anexos.

El tomo III está referido al período que discurre entre los años 1948 y 1949. De tal forma llega a «ensamblar lo que en cierta manera es una trilogía por relación a los volúmenes anteriores». Está cimentado, como los precedentes, en una sólida documentación, en ciertos aspectos exhaustiva. Siguiendo la pauta de los dos primeros volúmenes lo divide en dos partes: Estudios y Corpus documental. El bienio 1948-49 «se enmarca en el III período (Ordinario) de sesiones de la Asamblea General que, como ocurrió con el primero, fue dividido en dos partes y de Europa pasó a Estados

Unidos. También se han retenido otros hechos principales anteriores a dicho período correspondientes a 1948».

El primero de los estudios introductivos es «El teatro de la guerra fría». El asunto de la «cuestión española» pierde actualidad ante la aparición de otros temas candentes «como Berlín sobre el que el Secretario General alerta contra un riesgo de guerra mundial, primera guerra de Palestina, guerra civil griega que casi enlaza con la mundial y es de mayor incidencia que ésta, conflictos ex y coloniales (India-Paquistán, Indonesia, Indochina, etc.)». La globalización de problemas incidirá en el tema de España donde en 1948-49 se abre un proceso de reexamen o revisión por la III Asamblea General. En 1948-49, el golpe de Praga y el bloqueo de Berlín da entrada a la guerra fría entre las dos superpotencias y este hecho ha de repercutir en la «cuestión española» desplazada por otros acontecimientos de inmensa magnitud. El segundo estudio: «Frente a la "idea" de Europa» esboza los anhelos de integración europea motivada, en parte, por desilusión ante la ONU y el temor a «la Rusia sovietizante de Stalin». Respecto a España, si en 1947 tres Estados europeos habían votado contra la «reafirmación» de las sanciones, en la III Asamblea General (mayo 1949) tres Estados europeos «se pronuncian a favor del proyecto de resolución latinoamericano en el que se pretende desbloquear las interdicciones diplomáticas contra España. Esta importantísima iniciativa, no sólo revisionista sino rupturista, no obtiene, sin embargo, los dos tercios de votos en la Asamblea (26 contra 15.16 abstenciones). Las votaciones espejean la división URSS-Occidente». El tercer estudio, «El período 1948», expone como se diluye, gradualmente, la oposición internacional al franquismo y se levanta el cierre de la frontera francesa. El IV estudio, «El período 1949», reincide en esa tesis. El presidente de la Asamblea General, Evatt, al abrir la segunda parte del III período de sesiones (Flushing Meadow, 5 abril 1949) «enumeró y subrayó la importancia de las cuestiones a debate no refiriéndose, sin embargo, a la cuestión española». Y en ese tiempo se inicia el acercamiento hispano-norteamericano que iba a resultar decisivo para la supervivencia del franquismo.

Finaliza esta parte con un luminoso estudio del Dr. Pedro Antonio Martínez Lillo, titulado «Francia y la cuestión española en el Tercer período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas».

Termina el interesante tomo con diez documentos de singular valor, fundamentalmente las Memorias anuales del Secretario General sobre la labor de la Organización, proyectos de resolución y debates en la Primera Comisión. Una detallada cronología y dos índices —analítico y general— completan este volumen que da fin al meritosísimo trabajo del Profesor Leonart y sus colaboradores.

JULIO COLA ALBERICH

E. P. THOMPSON (Ed.): *Star Wars*. Harmondsworth (Middlesex, Reino Unido), Penguin Books 1985, pp. 165.

Desde que el Presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, expusiese el 23 de marzo de 1983, en un célebre discurso, su intención de patrocinar una investigación que buscara por todos los medios imaginables acabar con la amenaza de las armas atómicas, volverlas «inútiles y obsoletas», según sus propias palabras, no ha dejado de crecer una gran polémica en torno a esta idea presidencial.

En concreto, la visión anunciada por Reagan, que prometía un futuro esperan-

zador, libre del terror nuclear, se fundamentaba en una arraigada creencia en las capacidades tecnológicas norteamericanas y se justificaba por un natural y humano rechazo del equilibrio estratégico mediante el chantaje nuclear. De paso también se afirmaba que un mundo basado en la defensa sería mucho más seguro que el actual, cimentado en la ofensiva. Se haría posible el desarme atómico tan deseado públicamente últimamente sin poner en peligro la seguridad de los aliados occidentales. Y lo que es más importante, todo ello sin provocar a la Unión Soviética ni violar ninguno de los acuerdos logrados por ambas potencias acerca del control de armamentos.

Toda una atrayente y sugerente visión.

Sin embargo, desde el mismo día después del discurso, variadas críticas ponían de relieve que el deseo del Presidente era de una ingenuidad supina, irrealizable en su vertiente técnica, financieramente inabordable, estratégicamente destabilizador y políticamente inadecuado, sobre todo ante los europeos. El *New York Times* calificó el mensaje como el *Star Wars Speech*, que es como mundialmente ha acabado por conocerse la idea de Ronald Reagan, la *Guerra de las Galaxias*.

Y no sólo porque la panoplia de armas defensivas requeridas para un sistema que fuera capaz de interceptar las armas atómicas atacantes parecieran sacarse de los relatos más célebres de la ciencia ficción y de la imagenería hollywoodiana tan cara al Presidente, sino porque todo parecía apuntar a una completa militarización del espacio exterior, del cosmos.

Efectivamente, las comisiones de estudio creadas tras el anuncio de Reagan, sugerían que un sistema defensivo de las máximas prestaciones, capaz de destruir los misiles enemigos en pleno vuelo, debería contar con una capa defensiva emplazada en el espacio como única vía para detener los misiles en su fase de propulsión, escasos segundos después de ser disparados. Se trata del famoso «escudo defensivo» tan aireado por los oficiales americanos.

A estos informes, concluidos por los paneles Hoffmann y Fletcher, y que abordaban muchos más aspectos, técnicos, financieros, así como las implicaciones de un sistema defensivo sobre la limitación de armamentos y sobre la seguridad en general, les saldrían al paso otros «contrainformes» no menos precisos ni menos rigurosos, como por ejemplo el elaborado por la *Union of Concerned Scientists* titulado *The Fallacy of Star Wars* y en el que se discute muy detalladamente la viabilidad técnica de una defensa a base de armas «exóticas» (láseres y de haces de partículas) o antisatélites (ASATs) en órbita alrededor de la Tierra. Para estos científicos, todos de gran valía, los cálculos realizados por los defensores de la *Guerra de las Galaxias* se basan en presupuestos muy optimistas sin ser capaces de dotar de una efectiva seguridad al territorio de los EE.UU. El número de satélites necesarios, la cantidad de estaciones espaciales, por no decir de los programas de control, hacen del proyecto una idea absurda, lejanísima en sus posibilidades, si no imposible, y particularmente costosa.

Los presupuestos para un largo debate técnico que aún perdura estaban dados.

Tampoco el segundo gran «acierto» de las palabras del Presidente Ronald Reagan, la necesidad moral de cambiar de un sistema que se basaba en la venganza y en la destrucción última de las poblaciones por un sistema que garantizara la supervivencia mutua y no el suicidio colectivo, se vería libre de cargas.

Es posible que verdaderamente el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica expresase con toda sinceridad su fin último, obtener la total desaparición de las armas nucleares de la faz de la Tierra. Es posible que efectivamente quisiese colocarse a la cabeza de los movimientos antinucleares de todo el mundo, de aquellos

RECENSIONES

que pedían el *Freeze* en los propios EE.UU. y de quienes clamaban por la no instalación de los *Pershing II* y *Cruise* en Europa.

Todo ello es posible.

Sin embargo, un año más tarde de la convincente exposición presidencial, la SDI (las siglas anglosajonas para la Iniciativa de Defensa Estratégica, denominación oficial de lo que se conoce popularmente por *Guerra de las Galaxias*) se configuraba como un programa que ya sólo buscaba la eliminación de los misiles intercontinentales del adversario, los ICBMs, y con un poco de suerte, también de los SLBMs lanzados desde submarinos. Meses más tarde se diría que las amenazas provenientes de misiles de crucero o de balísticos de alcance intermedio también serían contempladas, pero todo parece apuntar a un deseo de contentar a los aliados europeos más que a reales posibilidades de realización.

Pero aún más, meses más tarde, ya en 1985, la SDI parecía encaminarse directamente a la consecución de un sistema que defendiera los silos de los ICBMs americanos, que garantizara la supervivencia de sus misiles, que en combinación con el desarrollo de nuevos sistemas ofensivos lograra una suerte de ecuación mixta defensiva/ofensiva.

En dos años de programa se arrinconaba la idea de desaparición de todas las armas nucleares de la faz de la Tierra, primero limitándose a los misiles intercontinentales, y luego contentándose con garantizar el futuro seguro de los mismos. No se trataría de «desnuclearizar» cuanto de reforzar la tradicional disuasión nuclear con nuevos medios.

Cierto que el ideal último se mantiene oficialmente, pero a pocos convence. Y por tanto, su fuerza original se invierte contra el propio programa y sus propagandistas, quienes son entrevistados cada vez más maquiavélicamente. Prometiendo un futuro al que no parecen querer ni poder encaminarse, un futuro que se augura lleno de riesgos y no menos armado que el problemático presente.

Sensación que se ha visto reforzada durante el último año. En los meses de 1985, la SDI pasó de ser considerada fundamentalmente un asunto estrictamente militar a ser vista como un reto básicamente tecnológico, económico. Tanto si puede funcionar el sistema ideado como si no, tanto si supone un aumento en la seguridad mutua y mundial como si conlleva todo lo contrario, inestabilidad y una nueva carrera de armas, los 26.000 millones de dólares inyectados por la Administración Reagan para la investigación y desarrollo del programa SDI han convencido a casi todos de que con la SDI, los EE.UU., lo busquen o no, se van a colocar a la cabeza del mercado mundial de tecnologías avanzadas, de la nuevas tecnologías. Precisamente los sectores más dinámicos que están configurando el orden económico del mañana.

De ahí todos los miedos expresados por los gobiernos europeos, especialmente el francés y de ahí también que el programa europeo Eureka se constituyese formalmente con una rapidez sorprendente para el Viejo Continente.

Pero de ahí también todas las vacilaciones de ciertas cancillerías europeas, como la británica, la italiana o la alemana, incluso la española, sobre la posibilidad de participar en las investigaciones de la SDI. Colaboración expresada formalmente por Caspar Weimberger con motivo de la reunión en Luxemburgo del Grupo de Planes Nucleares de la OTAN en marzo de 1985.

Tanto porque sería un suicidio desengancharse del tren de la microelectrónica y de la microinformática, los sectores que están en la base de la llamada tercera revolución industrial, los más estudiados bajo la SDI, como por el temor a una auténtica fuga de cerebros europeos a los laboratorios americanos, sin olvidar la imposibilidad de prohibir, en un sistema de libre mercado como el nuestro, contratar directamente

RECENSIONES

a las empresas interesadas con la SDI, los europeos han ido escorándose paulatinamente hacia la orilla americana.

Pese a las esperanzas causadas por Eureka, un programa europeo de colaboración en altas tecnologías, de vocación expresamente civil, casi una alternativa a la propia SDI, el Reino Unido firmó en diciembre de 1985 un *Memorandum of Understanding* con la Administración americana en orden a definir la participación de las empresas británicas en la SDI, sus contratos y sus beneficios. La República Federal de Alemania, días más tarde, se inclinaría también por la consecución de este tipo de acuerdo marco. Sólo Dinamarca y Noruega (más Canadá en la otra orilla del Atlántico) rechazarían la oferta de Weimberger.

En ese sentido nos atreveríamos a afirmar que la SDI es un programa que ha acabado imponiéndose a pesar de todas sus inherentes imprecisiones. Tres años más tarde del discurso de 23 de marzo de 1983 todavía no sabemos nada salvo puras especulaciones sobre cual va a ser el resultado del programa de investigación SDI. Si va a funcionar, con qué fines, con qué extensión. Nada. Sólo estamos seguros de que va a continuar y que sin haber siquiera salido de los laboratorios está ya funcionando. Primero ante los soviéticos, obligándoles a retomar seriamente las negociaciones de control de armamentos, rotas tras la llegada a Europa de los primeros euromisiles. En segundo lugar, ante los aliados, obligándoles a optar falsamente entre la integración en el programa o el tercermundismo.

Pero, además, también está actuando sobre las opiniones públicas y sobre los movimientos por la paz. El libro que comentamos es buen testimonio de ello.

En un principio, en 1983, en Europa se prestó escasa atención a la propuesta de Reagan, mucho más preocupados todos con los traídos *euromisiles*. Y las primeras reacciones públicas de los líderes políticos, pero también de los movimientos pacifistas se redujeron a calificar a la SDI de una idea ingenua, irrealizable, y de la que se sospechaba no cabrían ulteriores desarrollos. Concepción que se ha demostrado completamente errónea.

Es probable que un sistema total, espacial, no se lleve a la práctica nunca, pero esto no significa que una defensa de los silos de los misiles sea irrealizable, ni que sea menos destabilizadora o más beneficiosa al proceso de control de armamentos o al desarme.

La obra que edita Edward P. Thompson, líder indiscutido del movimiento pacifista, británico y europeo, expresa perfectamente estas más recientes preocupaciones. Por un lado intenta romper con la difundida incredulidad ante un sistema de defensa estratégica y, por otro, pretende desmontar las justificaciones que desde la Casa Blanca y el Pentágono se lanzan en defensa de un sistema tal.

Así, el libro comienza con un sucinto artículo del mismo Thompson acerca de las causas reales de la SDI, del por qué de las palabras de Ronald Reagan. Siguen con un ensayo de su propio hijo, Ben Thompson, explicativo de qué es exactamente la SDI, particularmente en el aspecto técnico. John Pike, director de la sección sobre política espacial de la conocida *Federation of American Scientists*, se encarga de un más que interesante estudio del programa de defensa antimisiles en la URSS, justo y desapasionado, pero extremadamente revelador, en un intento de desmontar esa «superioridad» soviética que el Pentágono tanto aventa en sus publicaciones. Rip Bulkeley toma como objetivo el impacto de la SDI en el control de armamentos, centrándose sobre todo en el respeto de los acuerdos en vigor, particularmente sobre el actualmente discutido Tratado ABM. Su aproximación pone de relieve las diferentes interpretaciones que se dan dentro del equipo presidencial de Reagan. Por último, Edward Thompson retoma el conjunto de problema en una visión globalizadora, ana-

RECENSIONES

lizando las tendencias más recientes y buscando un campo de acción común para todos aquellos que persiguen la paz en Europa y en el mundo, en defensa de un auténtico plan de desarme, ni equívoco ni engañoso. Y, sobre todo, mucho menos caro y menos arriesgado.

Desde luego que uno puede discrepar del tono apasionado que caracteriza al Thompson activista, incluso puede uno distanciarse de sus juicios valorativos. Pero de lo que no cabe duda es de que la SDI se está convirtiendo en un problema que va a afectar a nuestro futuro y muy posiblemente al de nuestros hijos. Y lo que es peor, *nada nos hace suponer que no nos vaya a afectar negativamente, colocándonos en una posición de mayor indefensión si no de mayor riesgo.*

Qué se puede hacer es una cuestión que está aún por resolverse. Pero no es una pregunta que pueda ser contestada muy tarde. Es nuestro futuro el que se está poniendo en juego.

El libro de E. P. Thompson, con todas sus lacras, con todas sus inclinaciones, es un intento válido de dar una respuesta. Y sólo por eso ya merecería la pena leerlo.

RAFAEL LUIS BARDAJI